

## El precio del aire

*(Adaptación libre del capítulo VIII de Don Quijote de la Mancha)*

---

En Bangkok, el aire no siempre parece el mismo. Hay días en que el cielo es tan claro que los edificios se ven ligeros, casi como si flotaran sobre un mar de cristal. Pero hay otros días en que el aire pesa como una manta húmeda y sucia. Se queda atrapado en la garganta, escuece en los ojos y se adhiere a la piel como una segunda capa de cansancio. La gente camina más rápido, con la cabeza baja, como si así pudiera escapar de esa presencia invisible que lo envuelve todo.

Quijote lo notó una mañana en la estación del BTS. El tren llegó con un sonido suave, casi elegante, una serpiente de metal deslizándose sobre la ciudad caótica. Las puertas se abrieron y un flujo ininterrumpido de personas salió con prisa mecánica. Todos miraban sus teléfonos, hipnotizados por el brillo de las pantallas. Algunos llevaban café en vasos de plástico que sudaban gotas frías; otros sostenían bolsas de papel con logos brillantes, trofeos de una batalla que se libra en los centros comerciales.

Quijote respiró hondo. El aire tenía un olor raro, una mezcla inquietante que no era solo humo de escape. Había algo dulce, artificial, como un perfume barato que se queda demasiado tiempo en una habitación cerrada. Era el olor de lo nuevo, de lo fabricado, de lo que intenta ocultar la decadencia bajo una capa de barniz. Le dolió un poco la garganta, un pinchazo seco que no lograba tragar.

"Hace un calor de mil demonios hoy", dijo Sancho, interrumpiendo el silencio. Se abanicaba con una mano mientras con la otra revisaba nerviosamente sus propias notificaciones. "Dicen en las noticias que el índice de partículas ha vuelto a romper récords. Pero bueno, señora, es lo que hay. Si uno quiere vivir en la capital, tiene que aprender a tragar veneno con una sonrisa".

Quijote no respondió. Estaba mirando una pantalla gigante empotrada en la pared de concreto. Mostraba una ciudad perfecta, una utopía digital donde el cielo era azul y las calles estaban limpias, llenas de una luz que no quemaba. En la imagen, personas de rostros

impecables sonreían mientras bebían y compraban, envueltas en una felicidad que parecía venir en el empaque. Todo parecía dolorosamente fácil.

"No es solo una imagen", murmuró Quijote, sintiendo que el cristal de la pantalla vibraba con una frecuencia que solo él podía escuchar.

Sancho la miró un segundo, con una mezcla de lástima y distracción, y luego volvió a sumergirse en su teléfono. "Claro que es una imagen, señora. Es solo publicidad. Quieren vender algo, como siempre. No le busque tres pies al gato".

Pero Quijote sintió que había algo más profundo. Ese día, impulsada por una sed que no era del todo física, compró una bebida en un 7-Eleven. El hielo chocó contra el plástico: *clac, clac*, un sonido rítmico y vacío. El vaso estaba frío en su mano, un alivio momentáneo contra el bochorno de la calle. Miró el precio en el ticket; no era alto, pero sintió que, de alguna forma, estaba pagando por algo que debería haber sido suyo por derecho. A su alrededor, decenas de personas hacían lo mismo. Era lo normal, la única forma de sobrevivir al asfalto.

Quijote tomó un sorbo. Era dulce, demasiado dulce.

"¿Te gusta?", preguntó Sancho, mirando el líquido de color neón.

Ella dudó. "No lo sé", respondió. "Sabe bien... pero no sé por qué lo estoy tomando. Siento que tengo más sed que antes de empezar".

Sancho se rió con esa sabiduría pragmática. "Porque lo compraste. Así funciona el mundo. Compras, consumes y luego buscas lo siguiente. No hay que darle tantas vueltas".

Pero Quijote no estaba convencida. Con el tiempo, su mirada se agudizó. Las pantallas no eran solo superficies planas; eran portales. Los anuncios no eran solo sugerencias; eran mandatos silenciosos. Eran grandes, demasiado grandes, como centinelas de metal y luz. Estaban en todas partes: en las avenidas, en los vagones del tren, en los rascacielos. Siempre brillando, siempre recordándote que lo que tienes no es suficiente.

"Son gigantes", dijo un día, deteniéndose en medio de la acera de Siam.

Sancho soltó una risa corta, una mezcla de afecto y cansancio. "Otra vez con eso... ¿No ve que son solo luces y cables?".

"Sí", insistió Quijote, y sus ojos reflejaban el parpadeo de los píxeles. "Son gigantes. No tienen brazos de madera, sino tentaciones de fibra óptica. Mira cómo nos observan desde las alturas, con esos ojos que nunca se cierran. Mira cómo nos hablan sin decir una sola palabra real".

Sancho siguió la mirada hacia un anuncio de viajes. "Es solo publicidad", repitió como un mantra. "Nadie te pone una pistola en el pecho para que compres un boleto".

Quijote negó con la cabeza, con una tristeza antigua. "No necesitan obligarnos con violencia, Sancho. La fuerza de estos gigantes es más sutil. Solo necesitan hacernos sentir que estamos incompletos. Necesitan sembrar el vacío para que nosotros mismos corramos a llenarlo con sus promesas de plástico".

Quijote empezó a hablar. Escribía en redes sociales, hacía preguntas incómodas, compartía ideas que desafiaban la estética de los algoritmos. No gritaba. Solo preguntaba: *¿Por qué todo tiene un precio asignado? ¿Por qué el aire parece más puro solo cuando sale de una máquina que podemos pagar? ¿Por qué necesitamos tantas cosas para sentirnos íntegros?*

Al principio, algunas personas respondieron. Luego, lentamente, el silencio empezó a filtrarse. Sus publicaciones seguían allí, pero los mecanismos invisibles de la red parecían esconderlas tras una cortina de humo. Era como si alguien hubiera bajado el volumen de su voz hasta convertirla en un susurro inaudible.

"Te estás cansando", dijo Sancho una tarde, mientras compartían la mesa de un pequeño café. El ventilador viejo hacía un ruido constante. Afuera, el tráfico era un rugido que nunca se detenía.

"No", respondió Quijote. "Solo estoy empezando a ver la estructura de la jaula con más claridad".

Sancho suspiró. Tomó una pajilla de plástico y la giró entre sus dedos. "Nos dicen que dejemos de usar esto por el bien del mundo", dijo con amargura. "Es como pedirle a alguien que está hundiéndose en el agua que respire más despacio", continuó, "mientras el barco que tiene un agujero del tamaño de una casa sigue avanzando hacia el abismo, como si nada ocurriera".

Quijote lo escuchó en silencio. "¿Entonces, no hacemos nada?".

Sancho dudó. "No lo sé. Pero tampoco sé por qué siempre nos toca a nosotros empezar".

El conflicto creció. Quijote ya no podía caminar por Bangkok sin sentir que el suelo vibraba con una mentira. Un día, en la estación de Asok, vio una pantalla que cubría casi toda la pared. Mostraba a una mujer junto a un purificador de aire, sonriendo con paz absoluta en su pequeño espacio filtrado. Fuera de la imagen, un vendedor ambulante tosía bajo el humo de los autobuses.

Quijote sintió algo en el pecho. No era rabia; era una mezcla de tristeza y urgencia.

"¿Y el resto?", dijo en voz alta. "¿Qué pasa con el resto del aire, con el que no se puede comprar?".

Algunas personas la miraron con extrañeza. Sancho tocó su brazo. "Baja la voz, por favor".

Pero Quijote no pudo. "¿Por qué tenemos que comprar el derecho a respirar sin que nos duela?".

La gente empezó a apartarse. No querían pensar demasiado, porque si lo hacían, el aire pesaría aún más. Esa noche, Quijote volvió al mismo lugar. La pantalla seguía allí, incólume. Quijote levantó su teléfono. Empezó a grabar.

"Si no son gigantes", dijo, "¿por qué son tan grandes que ocultan el cielo? Si no controlan nuestras mentes, ¿por qué todos terminamos mirando en la misma dirección?".

Su voz temblaba un poco. La luz azul de la pantalla la cubría casi por completo. Por un momento, parecía más pequeña que nunca. Casi invisible. El video se subió, pero el contador de visualizaciones se quedó estático. Los comentarios no llegaron. Era como si la imagen existiera en una dimensión paralela sin eco.

"¿Lo ves?", dijo Sancho después. "No necesitan detenerte. Solo necesitan que nadie te vea. Si no brillas como ellos, simplemente dejas de existir".

Quijote bajó la mirada a su teléfono, un espejo negro. Por un momento, el peso de la derrota la aplastó. Había luchado contra una sombra alimentada por mil millones de voltios.

Pasaron los días. La ciudad siguió su curso imperturbable. Pero, en el fondo, algo pequeño empezó a moverse. Una pregunta aquí, una mirada de duda allá. Personas que, de repente,

sentían que el aire de su purificador sabía a encierro. Eran grietas apenas perceptibles en el muro del gigante.

Una noche, Sancho caminaba solo por Sukhumvit. La calle estaba saturada de luz. Se detuvo frente a una pantalla enorme. Su teléfono vibró. Un mensaje apareció en la pantalla, sin remitente:

*"Hay cosas que no se crean para que las compremos, sino para que sintamos que nos faltan. El aire siempre fue libre, hasta que nos convencieron de que el cielo era un producto".*

Sancho la leyó una vez. Dos veces. No la compartió, no la borró. Solo la dejó allí. Levantó la vista hacia la pantalla y, por un segundo, le pareció que algo no encajaba. La imagen era demasiado perfecta para ser real. Era como una máscara que empezaba a pelarse.

En el reflejo de un edificio, vio una figura moviéndose a lo lejos. Era pequeña, frágil, casi invisible. No estaba seguro de si era una persona real o solo su propia sombra despertando. El viento pasó entre los rascacielos, trayendo el mismo olor dulce y artificial. Sancho respiró hondo. No sabía si el aire había cambiado, o si era él quien, por fin, lo estaba sintiendo de otra manera.

Y en una ciudad donde todo tiene precio, algunas preguntas siguen sin dueño. Quizá no cambian el mundo de la noche a la mañana, pero alteran el peso de lo que respiramos. Y tal vez, en algún lugar entre la luz y la sombra, alguien sigue mirando fijamente a los gigantes, llamándolos por su nombre.

O tal vez... ya no queda nadie.